

*Un recuerdo de H. P. Lovecraft en Florida*

# El viento sobre la hierba

Robert H. Barlow  
Traducción de Vicente Quirarte

*H. P. Lovecraft no fue sólo un contador de historias, sino también un infatigable escritor de cartas. El volumen titulado *Oh Fortunate Floridian* (2007) incluye 159 epístolas enviadas entre 1931 y 1937 a Robert H. Barlow, el escritor en ciernes que en México adquirió su personalidad definitiva como reconocido antropólogo. Para conmemorar los 80 años de la muerte de Lovecraft, acaecida el 15 de marzo de 1937, publicamos el texto escrito por Barlow en memoria de su maestro.*

En marzo de 1937 viajaba a bordo de un autobús al este de la Ciudad de Kansas y leía y releía aquellas líneas borrosas en una pequeña antología de ensayos que contenía también el telegrama que me comunicaba el deceso de Howard Phillips Lovecraft. Ahora que ha cumplido siete años de muerto y se han dispersado las flores marchitas en la sombra fría de su monumento, inclusive aquella que conservo, deberían ser escritas palabras que se sumergieran en el remolino que nos rodea a todos, palabras que unirían memorias suyas y lamentaciones por él, con las implacables hipérboles fuera de tiempo. El viejo respeto y el afecto, aparte de su calibre como la personalidad que era, exigen una muy cuida-

dosa evaluación de Lovecraft, pero no hay tiempo. El hecho de que no haya tiempo, lo cual no es culpa de nadie, parece pleno de significado irrespetuoso.

El editor sugiere que escriba “al menos una breve pieza” para el volumen de las *Cartas* de Lovecraft, que debe ser impreso cuanto antes, y aunque han pasado diez años y Tlatelolco Xalliyacac en la lluvia de la noche fresca de verano, con los cargadores dormidos a las puertas de las cantinas y la “Virgen de la Macarena” sonando en el radio de alguien, de ninguna manera se parece a la Florida donde Lovecraft me visitaba, trataré de evocar aquel paisaje pretérito, y las dos personas desvanecidas que se movieron en él.

Lovecraft llegaría temprano en la mañana. Mi madre decidió que debíamos comprar más muebles para el amplio y vacío cuarto de huéspedes, que junto con el mío y un porche para siestas formaban la planta alta de la casa. Manejé el viejo Ford dieciocho millas hasta el pueblo y regresé con un pequeño escritorio rosa al que mi madre le había puesto el ojo desde hacía un tiempo. Luego regresé manejando al pueblo para esperar el autobús Greyhound en la farmacia. Vivíamos en el centro de Florida, en una casa hecha de troncos que Lovecraft después ayudó a fumigar contra las termitas. La casa estaba sobre un lago sin nombre, de nuestra propiedad. La carretera Eustis-DeLand pasaba por nuestra puerta, pero no teníamos vecinos en tres millas alrededor, y yo no contaba con amigos ni estudios excepto en una esfera armada por la oficina de correos y las revistas de historias fantásticas para las que Lovecraft escribía.

De repente, el autobús llegó y de él emergió sombríamente una figura alta y espigada, de protuberante quijada y cabello castaño que comenzaba a ser gris, que se apresuró a saludarme. En otra estación de autobús vería a Lovecraft por última vez, pero ésta era la primera y había cientos de cosas que decir y opiniones que preguntar mientras manejaba a casa con mi huésped y su diminuta valija.

Poco después de nuestra llegada, y tras presentarlo con mis padres y el escritorio rosa, me confesó que había sido el escritor fantasma de un artículo para Houdini, el mago, y en respuesta le mostré mis libros y revistas, varias pilas de las cuales atesoraba en un cofre que llamaba Yoh-Vombis, en honor a una historia de Clark Ashton Smith. Lovecraft me diría más adelante, en un momento de fastidio, que él amaba la literatura y yo amaba los libros, en lo cual había algo de verdad. En ese entonces, el curador de Yoh-Vombis consideraba a la bibliofilia una ocupación seria y coleccionaba autógrafos de Wells y Verne junto con los de escritores de revistas populares y buscaba números atrasados de *Weird Tales* a la par de ejemplares de James Branch Cabell fuera de circulación. En realidad fue la bibliofilia la que me condujo a escribir por primera vez a Lovecraft en 1931, cuando yo no llegaba a los trece años de edad.

Ese verano de 1934 tenía diecisiete y Lovecraft se quedó con nosotros casi un mes, ante mi encantada insistencia. Remábamos en el lago, jugábamos con los gatos o caminábamos con ellos por la carretera mientras el inverosímil Sol se ocultaba entre los pinos y cipreses, o buscábamos oscuras historias por nosotros conocidas en los archivos de Yoh-Vombis. Sobre todo, hablábamos de las historias fantásticas que él escribía y que yo estaba tratando de escribir. En el desayuno nos contaba sus sueños; en uno de ellos, era un mago al borde de un acantilado sobre el océano: lanzaba pelotas al espacio y



H.P. Lovecraft

las traía de vuelta. Algunas de ellas regresaban con cicatrices y restos de mares y espacios desconocidos.

Entonces la vida era enteramente literaria; esto es, todo lo que me importaba considerar como vida. Discutíamos sobre el *Fantasy Fan* y Lord Dunsany, escribíamos cartas, versos e historias, y no me iba a la cama hasta que no era obligado por mis padres. A pesar de que no le interesaban los juegos, en una ocasión escribimos versos para llenar esquemas previos de esquemas rítmicos. Uno suyo, titulado “El elefante blanco”, se encuentra todavía entre mis papeles, pues conservo inclusive sus libretas de apuntes. Mientras remábamos en bote, aceptaba mi desafío de encontrar rimas para *pretzel* y *Schenectady* y las hallaba en el nombre alemán de Atila:

*John and I were out fixing Light wires near Schenectady  
I connected one and the other connected he.*

Nuestra plática estaba llena de desusadas referencias a ogros y cámaras de horror en la superficie de extrañas estrellas, y Lovecraft desplegaba una atmósfera de ominosa ilusión sobre cualquier sonido a lo largo de la carretera mientras caminábamos con mis tres gatos, a uno

# O Fortunate Floridian

H. P. LOVECRAFT'S LETTERS  
TO R. H. BARLOW



EDITED BY  
S. T. JOSHI & DAVID E. SCHULTZ

de los cuales bautizó como Alfred A. Knopf. Otras veces leía sus propias historias en voz alta, en tono siniestro y colocando silencios en los sitios adecuados. Especialmente gustaba de leer con pronunciación del siglo XVIII, “sarvant” por *servant* y “mi” por *my*. Mi propia absorción en los sueños y en historias oníricas mantenía la conversación en esa frecuencia, aunque de tiempo en tiempo hablaba voluble y enérgicamente sobre historia y química, el *New Deal* y la guerra de Abisinia.

Cuando no hablaba, escribía. A todos lados llevaba una bolsa negra muy usada que parecía de tela ahulada y de ella sacaba hojas de papel carta “Irish Linen”, comprado en Woolworth, y cartas por contestar. Su cuota diaria de correo era normalmente de media docena de cartas extensas. Debajo de un pretendido desánimo ante la cantidad de su correspondencia, se deleitaba enteramente en ella, y contestaba con todo detalle. A veces esas epístolas contenían historias de quince o veinte páginas que él corregía prolijamente, hasta que no había espacio para la interlínea. De esa misma manera corrigió mis propias, titubeantes historias.

Lovecraft había estado antes en Florida. Cuando por primera vez entré en contacto con él, estaba de visita en Dunedin, en la costa del Golfo, con el reverendo Henry S. Whitehead, el elegante escritor de historias de las Indias Occidentales, y en una ocasión llegó hasta los cayos. Hallaba un excitante contraste entre su hogar en Nueva Inglaterra y el paisaje de suaves pinos y pantanos, con musgos grises y negros que sofocaban a los árboles y colgaban de sus ramas, y palmitos que llegaban hasta el suelo arenoso. Matar a una serpiente fue un incidente digno de entrar en sus cartas, como lo fue una fiesta de recolección de moras azules en el curso de la cual cayó a un arroyo y perdió casi todas sus moras —de lo cual se disculpó vigorosamente—. Su gusto por las antigüedades era estimulado por el ligeramente falso carácter hispano de Florida, y nos condujo a llevarlo a lugares como las fuentes de Juan Ponce de León, donde existe un molino español del siglo XVIII en un avanzado estado de restauración, así como a New Smyrna, donde se levantan restos de una antigua misión. Causaron su deleite las paredes rosadas de San Agustín, un pueblo genuinamente antiguo y lleno de atmósfera. Visitamos igualmente la capilla de Nuestra Señora de la Leche, y un cementerio maldecido por los mosquitos, llenos de tumbas de jóvenes muertos hace un siglo a causa de una plaga.

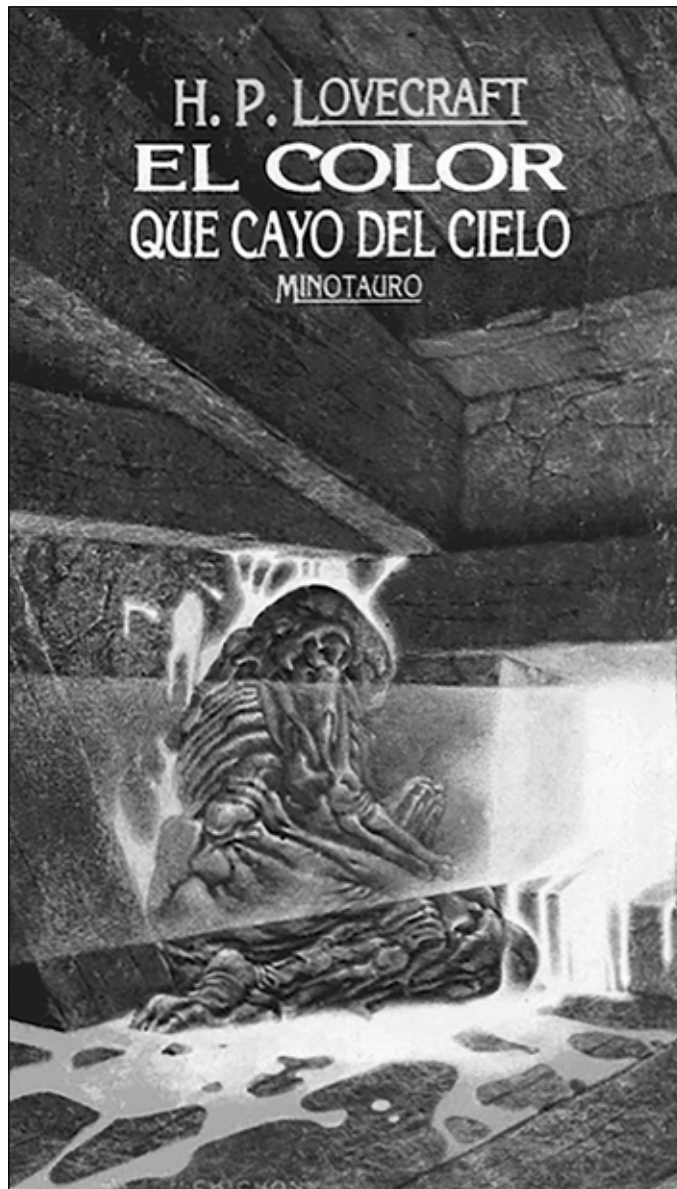
Las *Cartas* de Lovecraft, supongo, contendrán numerosos pasajes autobiográficos, pero como él mismo lo reconocía al comentar la *Autobiografía* de Wells, un hombre no es siempre el mejor intérprete de su propia vida. No sería ociosa una nota acerca de las costumbres de Lovecraft.

Comenzaba su día yendo a la cama, pues trabajaba preferentemente de noche, largas horas después de terminadas nuestras discusiones. Las polillas nocturnas de Florida volaban alrededor de su lámpara de escritorio y se enredaban entre sí hasta cerca del amanecer, cuando él sellaba la última carta y consultaba alguna guía de bolsillo. Entonces bajaba al baño para llevar a cabo una frugal ablución e incidentalmente despertaba a los habitantes de la casa. Lavaba sus camisas tres veces por una que las enviaba a la tintorería, y me enseñó el arte de secar cuellos sobre una base para dar el efecto de planchado (esto lo puse en práctica más tarde como estudiante de arte). Siempre estaba imaculadamente limpio, aunque la mayoría de su ropa había visto mejores días. Prefería lo que no estuviera de moda: cuellos y puños separados, zapatos altos con botonadura, y el negro prevalecía en su atuendo. Con gran alegría descubrió que podía resucitar un par de pantalones que había utilizado para andar en bicicleta, un cuarto de siglo atrás.

Se levantaba alrededor de mediodía y desayunaba grandes cantidades de café, espeso de azúcar. A veces lo completaba con un melón con azúcar, al que conside-

raba pasablemente dulce. Otras referencias alimenticias son mencionadas en sus cartas e historias —su amor por los helados y su odio por el pescado—. En una ocasión, Frank Belknap Long mezcló pescado en una ensalada para poner a prueba esta excentricidad y Lovecraft no la comió, argumentando que estaba echada a perder. Tenía un estómago delicado por lo que se refería a cosas insípidas y sin buen aspecto. Yo le llamé la atención una vez por el marcado disgusto que mostró cuando me ayudó a sacar del lago una garza descompuesta, lo cual resultaba extraño para el autor de “El sabueso” y “En la cripta”.

Bajo el argumento de que la verdadera prosa no podía salir de una máquina de escribir, escribía a mano, generalmente con pluma fuente, en letra caligráfica y grandes interlineados. Como papel utilizaba el reverso de viejas cartas, documentos familiares o cuadernos nuevos de niño de escuela. Gran número de estos manuscritos existe, pues comencé a pedirselos desde 1931, y me los cedió tan luego como fueron publicados, en lugar de destruirlos como lo había hecho antes. Me dio varias copias autógrafas de “La maldición que cayó sobre Sarnath” (1919), las cuales había hecho a mano en lugar de mecanografiarlas. “La transición de Juan Romero”, “La búsqueda de Iranon” y “Los otros dioses” también son de esta época, aunque entonces no fueron publicados. De “La extraña casa alta en la niebla” (1926) tengo un mecanuscrito con amplia interlínea y muy revisado: decía que los ritmos llegaban a ser demasiado obvios en la historia y debían ser matizados. En 1934 me envió sus dos novelas cortas, *El caso de Charles Dexter Ward* y *La búsqueda onírica de la desconocida Kadath*, ante la solicitud que le hice de mecanografiarlos a cambio de que me permitiera conservar los originales. Algunos de los mecanuscritos resultantes sirvieron como pruebas que él leía conmigo. Subrayaba el hecho de que no todo autor tenía el privilegio de supervisar sus trabajos póstumos. La mayoría de los demás manuscritos de antes de 1931 —“El color que cayó del espacio” y sus otras grandes historias— fueron destruidos tan luego como fueron publicados. Me dijo de dos excepciones que le cedió a Samuel Loveman, “La casa evitada” (1924) y otro —tal vez “Las ratas en las paredes”—. Después de 1932, como dije antes, me dio todos sus manuscritos, al tiempo que protestaba contra lo que llamaba mi mal dirigida actividad de coleccionar basura. “Los hongos de Yuggoth” llegaron a mis manos al mismo tiempo que la prosa y consistían en una serie de interesantes borradores dignos de ser reproducidos algún día de manera facsimilar. Sólo dos manuscritos de este periodo fueron para otras personas, porque con un típico deseo de templanza explicaba que en caso de que esa vieja basura tuviera algún valor, no aprobaría su monopolio. Consecuentemente, dio dos manuscritos, cuyos títulos



olvido, a Baldwin y/o Rimel. Uno de ellos generosamente me prestó un manuscrito tras la muerte de Lovecraft, del cual hice un microfilme. El otro manuscrito no lo he visto.

Cuando llegué a Providence en marzo de 1937, poco después de que Lovecraft había sido enterrado en el lote familiar del cementerio de Swan Point, su tía, la señora Gamwell, me mostró una serie de papeles personales guardados en un gabinete de su cuarto, y tomó uno que ella tuvo el horror de verlo escribir unos meses antes. Se trataba de un sobre usado, escrito con lápiz: “Instrucciones en caso de muerte”. Dentro había dos hojas de notas, que abruptamente comenzaban: “La primera elección de mis libros y manuscritos corresponderá a R. H. Barlow, mi albacea literario”. Otras instrucciones concernían a libros que debían ser devueltos o legados: un *Magnalia* de Mather, a J. F. Morton, una colección de papeles *amateur* a la Biblioteca Fossil de Filadelfia, y así. La señora Gamwell me hizo una copia de la lista, que aún conservo, pues ella quería guardar el original como recuerdo. Si entonces la hubiera publicado, se ha-



brían evitado algunos malentendidos y no se habrían lastimado sentimientos, tanto míos como de ella. Seguí las instrucciones, y envié un libro a un sitio tan lejano como Polinesia; en dos o tres cajas de cartón acomodé algunos libros, así como manuscritos inéditos (la mayor parte notas y textos de juventud) que tomé de una caja de metal bajo el sillón, y regresé a la Ciudad de Kansas, donde estaba estudiando.

Un año o dos más tarde decidí que mis continuas errancias estaban poniendo en peligro el material, por lo cual decidí depositarlo, junto con los microfilmes y su archivo de *Weird Tales* de 1923-1937 en la Biblioteca John Hay de Providence, vecina de la última casa de Lovecraft. Allí pueden ser consultados hoy por estudiantes propiamente calificados. Sólo un manuscrito queda en mi poder, tras hacer varios depósitos: la libreta en la que esbozó en lápiz “La sombra fuera del tiempo”. Lovecraft había destruido un borrador de esa historia y amenazó con destruir el segundo, así que cuando me lo mostró en el verano de 1935 lo mecanografié. En ese tiempo me estaba haciendo una segunda visita a Florida y lo sondeé al establecer paralelos con T. E. Lawrence. Estuvo de acuerdo en que bajo ciertas circunstancias los manuscritos podían ser retirados de sus autores, y este era ciertamente el caso de “La sombra...”, pues yo lo hice copiar, y más tarde Donald Wandrei lo envió para publicación, ambas acciones sin consultar a Lovecraft.

No es posible, en los dos días que me ha concedido la exigencia de la imprenta, escribir una memoria real

del hombre que virtualmente modeló mi vida intelectual y varios de mis gustos y hábitos. Una evaluación de esa impactante personalidad, que aparece sólo parcialmente en sus historias, sería difícil en cualquier caso debido al obstáculo de la cercana perspectiva. Las fantasías que escribió se han convertido en modelos. Como una guía no intrusiva que nos lleva a una tumba etrusca o una cámara zapoteca, Lovecraft nos conduce mediante su diestra prosa a umbrales de asombro y maravilla y de repente los despliega ante nosotros. Pero fue más que un escritor de historias —salvo algunos accidentes, como su vínculo con la prensa *amateur*, no hubiera vuelto a escribir tras su adolescencia—. Es más importante como un hombre que tuvo la integridad para ignorar la Era de la Máquina y su frenética búsqueda en pos de sacar de los escombros las ricas irregularidades de la vida; tuvo el valor para estudiar y pensar y conversar y escribir, de acuerdo con las profundas tradiciones de una época más ordenada. Era hermano del “último puritano”, excepto que él sabía lo que quería, y abiertamente admiraba a ese personaje. Su familiaridad con la astronomía, la historia y la literatura, así como sus otros innumerables intereses, lo hacen un civilizador entre bárbaros, un Quetzalcóatl de clóset, un encapsulado Akenatón, cuyo impacto puede apreciarse ahora en el volumen de las *Cartas*, pues, ay, el viento sobre la hierba no puede ser llevado dentro de la casa.

Ciudad de México, 9 de julio de 1944 **u**